

Duererías

Revista de Filosofía

Monográfico: A vueltas con las ideologías

- ¿Ocaso de las ideologías o alba de las ideas?* José Luis Guzón
Violencia política y represión. El Caso de la dictadura fascista de Franco en España. Cándido Ruiz González
Arte y Poder. Miguel Alejo Alcántara
La Ideología de la "naturaleza humana". Sebastián Salgado González
Desde los hibakusha como ideología histórica resistente y participativa. Luis Ramos de la Torre
- Paralelo 41. Entrevista: "hablando de... con... Francisco Molina"**

Ojos de Lechuza

- Platón: la belleza como guía hacia el bien, la verdad y la justicia.* Fco. Javier Hernández González
Metafísica del río. Tres perspectivas filosóficas y una propuesta didáctica a partir del río como metáfora de invitación al pensamiento. Miguel Santa Olalla
La Ideología Dominante. Crónica del 1º Encuentro sobre convivencia escolar. Fernando Martínez Llorca

I Olimpiada Filosófica de Castilla y León. Los ensayos ganadores

Silvia Caballero Mancebo
Elena Díez Campos
Manuel de la Torre García

La biblioteca. Reseñas a cargo de

Sebastián Salgado
Pablo Redondo

Helicón

Mikaela // Soy la misma, o eso creo. Carmen Reguilón Lozano
Redes hacia el cielo. Luis Ramos de la Torre

Citados con... Heidegger

Pablo Redondo Sánchez

Zamora nº 7 octubre de 2006

¿Ocaso de las ideologías o alba de las ideas?

José Luis Guzmán

Los antropólogos culturales señalan que un elemento importante de la cultura son las ideologías, es decir, un conjunto de creencias y conceptos que explican el mundo social a individuos o grupos. La diferencia con las simples creencias es que suponen un grupo coherente o sistema coherente de estas.

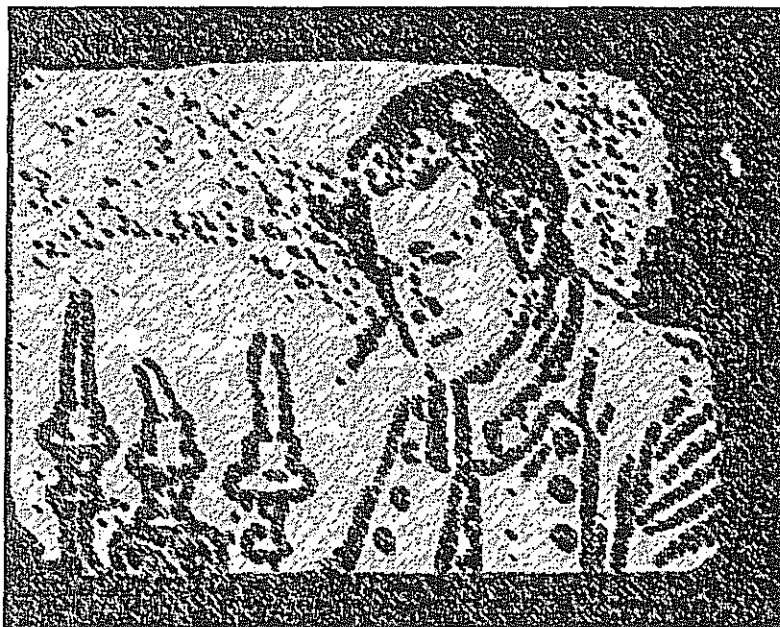
Sin embargo, no toda la comunidad política, la intelectualidad, estaría de acuerdo con esta definición que nos proporciona la antropología, porque este concepto está atravesado de una gran densidad y polisemia. Vamos a recurrir a explicar brevemente su etimología y su historia.

Etimología y evolución

Nace la palabra durante la Ilustración. Se atribuye a Antoine Destutt de Tracy (1754-1836), nombrado por la Convención Director del Instituto de Francia en 1795, haber introducido el término para designar una ciencia positiva que estudiara el origen y formación de las ideas; ideólogos era el apelativo de los profesionales de esa Ciencia. Este personaje escribió una obra "Elementos de Ideología" que es considerada la expresión genuina de la "Razón Ilustrada". Pronto los "ideólogos" destacaron como adalides del liberalismo laico y republicano, liderados por Destutt de Tracy, materialista y anticlerical. Recibieron de inmediato el incisivo ataque de los conservadores a los que se suma Napoleón, entonces Cónsul de Francia.

Así "ideólogo", por el uso del término, pasa a ser equivalente a persona carente de sentido práctico y se califica de ideológica a la teoría que se consideraba abstracta, irrealizable, fanática y generadora de confusión en el orden político y social establecido.

Pero el hecho que entonces se denunciaba con el nombre de ideología, esto es, el aferrarse a ideas que impidan acercarse a la realidad, ya había sido advertido, entre otros, por Francis Bacon (1561-1626). Para Bacon las cuatro principales causas del error



humano en la filosofía y en la ciencia son las cuatro *ídolos* o prejuicios que nacen de la propia debilidad del entendimiento humano, o de

prejuicios individuales, o de errores de lenguaje en la comunicación de las ideas, o de la aceptación ciega de las ideas y de opiniones de personas con prestigio y autoridad. Como se ve, para Bacon, nuestra percepción de la realidad, es decir, el camino para acceder a la verdad, se ve obstaculizado por la existencia de estos ídolos o factores distorsionantes de los cuales no somos conscientes.

Marx asocia este hecho a una clase social, sólo a la burguesía y a la palabra ideología la convierte en un estigma político por mucho tiempo. Si bien es cierto, muchas veces Marx aludió a la ideología en distintos contextos de su obra, no hizo de ella un desarrollo sistemático y exhaustivo, por eso, pretendiendo ser objetivos, citaremos algunas referencias claves para descubrir la raíz de las ideologías, según la tesis de Marx.

"Vuestras ideas mismas -dice a los burgueses en el Manifiesto Comunista- son producto de las relaciones de producción y de propiedad burguesas, como vuestro deseo no es más que la voluntad de vuestra clase erigida en ley; voluntad cuyo contenido esta determinado por las condiciones materiales de la existencia" (1848)¹.

¹ K. MARX-F. ENGELS, *Obras escogidas*, Ed. Progreso, Moscú 1974, p. 49.

El conjunto de estas relaciones de producción, constituye la estructura económica de la sociedad, la base sobre la cual se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. *"No es la conciencia de los hombres la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia"*².

Con estas afirmaciones, Marx cuestionaba lo medular de la filosofía racionalista e idealista, que había comenzado con la obra de Descartes, quien en su obra "Discurso del método" (1620), después de convertir la duda en un método, afirmaba que la única evidencia está en la razón, en nuestra propia conciencia, en nuestro propio pensamiento que es donde se forman ideas claras y distintas de la realidad.

Pero, como hemos visto, Marx sostiene que las ideas no reflejan objetivamente la realidad: llevan el sesgo, el torcimiento, que les imprime el modo de producción de la vida material. En otras palabras, la visión e interpretación de la realidad que hace el burgués, fatalmente es obra de su conciencia empañada y comprometida por los intereses de su clase. Esta es la visión ideológica: "La burguesía, como es natural, dice el Manifiesto Comunista, se representa el mundo que ella domina como el mejor de los mundos"³. Esta representación falsa o falsificadora de la realidad que está en la raíz de las ideologías, Marx se la adjudica solamente a la clase burguesa.

Sin embargo, después de la muerte de Marx, ocurrida en 1883, escribió Engels en uno de sus ensayos más extensos -"Ludwig Feurbach y el fin de la filosofía clásica alemana"- (1886) una afirmación que hace pensar que ya había generalizado a todos los hombres sin distinción de clases, esta limitación o determinación de sus conciencias por agentes externos, de las cuales la clase social era sólo uno de ellos: *"Todo lo que mueve a los hombres tiene que pasar*

² K. MARX-F. ENGELS, o.c., *Prólogo de la contribución a la crítica de la Economía Política* (1859, p. 187.

³ *Ibid.*, 59.

*necesariamente por sus cabezas; pero la forma que adopte dentro de ellas depende en mucho de las circunstancias"*⁴.

Así la causa generadora de ideologías dejaba de ser de propiedad de los "malos" y no como una causa única, sino que se extendía a las múltiples circunstancias que condicionan e integran al ser del hombre.

Para los pensadores marxistas posteriores, como Henri Lefebvre, la ideología sirve a los individuos actuantes y pensantes de las clases privilegiadas para mantener un modo de producción caduco y su correspondiente superestructura. "¿Por qué medios?", se pregunta Lefebvre y se responde: mediante la ideología que revela entonces su papel: enmascarar, disimular bajo las apariencias lo esencial del proceso histórico, disimular las contradicciones, ocultar las soluciones, es decir, la superación del modo de producción existente, bajo soluciones falsas.

Corresponde a Karl Mannheim (1893-1947) el mérito de poner en evidencia un hecho que los pensadores marxistas habían "ignorado": la acusación de falsedad como producto de una falsa conciencia, hecha al pensamiento de la burguesía, en razón de su vínculo con los intereses de esa clase, es posible extenderla al pensamiento de la clase social que emite ese juicio, es decir, al pensamiento del proletariado cuya visión de la realidad también está determinada o ligada a sus propios intereses.

Mannheim entiende, pues, el concepto de ideología como una perspectiva general sobre la sociedad y la historia asociada inevitablemente con una determinada situación histórica y social, que implica una visión del mundo y un estilo de pensamiento ligado a dicha situación y en ese sentido, condicionado y parcial, perspectiva que varía en la medida en que tal situación varía a su vez.

Norberto Bobbio –un intelectual de izquierda- reconoce que el término ideología ha adquirido dos significados: por una parte el significado fuerte que conserva la acepción, denotación y connotación, dadas por Marx, como falsa conciencia de las relaciones de dominación entre las clases sociales y un significado

⁴ *Ibid.*, 661.

"débil", acorde con el criterio de Mannheim es decir, "ideología es un conjunto de ideas y valores concernientes al orden político que tiene la función de guiar los comportamientos políticos colectivos".

Otros elementos de las ideologías

Además de la etimología y evolución hay otros tres elementos muy importantes a la hora del estudio de toda ideología política.

a) Los elementos recurrentes de toda ideología política. Parece necesario que en ella se manifieste, de modo tácito o expreso, una visión de la naturaleza humana. Al fin y al cabo, el tipo de organización social y política que la ideología propugna adquiere una u otra dimensión en función de una concepción antropológica de fondo. Es lógico igualmente que la ideología política trate de diseñar las grandes líneas de la organización social y política propugnada. En la medida que es abierta al cambio, deberá poner de manifiesto los caminos deseados para llegar a ese objetivo. Comprender una ideología política es en cierto modo dar respuesta a estos interrogantes.

b) *Status* epistemológico de la ideología. La ideología no ofrece un conocimiento de pretensión científica de la realidad social. Participa de ese ánimo científico en cuanto quiere que sus explicaciones del mundo político y de su transformación sean ordenadas y congruentes. Pero una ideología política no totalitaria es ajena a cualquier pretensión de ocultar su carácter parcial. Las ideologías liberal-democráticas son conscientes de su inserción en un marco pluralista. Esta cuestión abre una rica perspectiva en la que tienen entrada las críticas marxistas y conservadoras con su denuncia al papel idealizador, cuando no manipulador, supuestamente implícito a la ideología.

c) La base social de las ideologías. Se trataría de dilucidar su conexión con los agentes sociales así como su relación con las transformaciones y conflictos vividos en el seno de una sociedad. En

definitiva, ver el papel que juega en la marcha social la "sociedad civil", que es la auténtica base social de las ideologías.

La base social de las ideologías y la sociedad civil

Vale la pena fijarse en este aspecto del concepto de las ideologías pues muchas de las cosas que se discuten hoy sobre las mismas tienen su raíz en este punto.

Adela Cortina nos sitúa con muchísima claridad ante este problema⁵. En la década de los ochenta, cuando algunos agoreros anunciaban el fin de la historia, quienes no creían que hubiera terminado ni querían verla acabada por parecerles radicalmente injusta, dirigieron la mirada hacia la sociedad civil, por ver si su colaboración es imprescindible para llevar adelante la tarea transformadora de la sociedad que el Estado parecía incapaz de realizar.

Ciertamente, no todos los que dicen valorar la sociedad civil entienden de igual modo el vocablo, con lo cual se producen confusiones considerables. Consiste la más grave en equiparar la defensa que de la sociedad civil hacen quienes ven en ella una fuente de solidaridad con la de aquellos que la entienden como el lugar privilegiado para defender los derechos de propiedad, como si de derechos naturales se tratara, frente a cualquier proyecto igualador de redistribución de la riqueza.

Solidaristas convencidos, decepcionados ante las actuaciones bien poco solidarias del Estado, tratan de encontrar en las organizaciones cívicas (mal llamadas "Organizaciones no gubernamentales", como si una entidad debiera definirse por lo que no es), en la familia, en las iglesias y en el mundo vecinal una solidaridad universalista que no encuentran en la vida política. Pero también, en la vertiente contraria, quienes desean llevar adelante sus asuntos económicos sin atender en modo alguno a la justicia social se alzan en defensa de una sociedad civil, de la que valoran ante todo la libertad de propiedad y de mercado.

El hecho de que hoy en día la sociedad civil se caracterice sobre todo por ser la dimensión de la sociedad no sometida

⁵ *Ética de la sociedad civil*, Anaya, Madrid 1994.

directamente a la coacción estatal hace que algunos sectores de la sociedad la valoren por sus posibilidades de solidaridad universalista libremente elegida, otros, porque entienden que en ella puede ejercerse sin trabas la libertad económica (neoliberalismo), o incluso librarse de los afanes redistributivos de una incómoda justicia social (anarcocapitalismo, neolibertarismo). Conviene, pues, atender a las razones de quienes defienden la sociedad civil antes de formular juicios de valor sobre sus posibilidades para propiciar un mundo más justo y feliz, que es a fin de cuentas a lo que debe aspirar toda sociedad que se pretenda humana.

Una nueva noción de sociedad civil

Caracterizar expresiones políticas cargadas de diversas connotaciones históricas, como la que nos ocupa, no es tarea sencilla. Pero podemos recurrir, en principio, a una doble acepción del término "sociedad civil" que presenta Víctor Pérez Díaz y que puede resultar de gran utilidad. Distingue Pérez Díaz entre un sentido amplio y uno restringido, y caracteriza el primero como *"un entramado, de instituciones sociopolíticas, que incluye un gobierno (o Estado) limitado, que opera bajo el imperio de la ley; un conjunto de instituciones sociales tales como mercados (u otros órdenes espontáneos extensos) y asociaciones basadas en acuerdos voluntarios entre agentes autónomos, y una esfera pública, en la que estos agentes debaten entre sí y con el Estado asuntos de interés público y se comprometen en actividades públicas"*.

Éste sería el tipo de sociedad civil al que se refieren los filósofos escoceses como Ferguson, y el sentido interno de esta denominación consistiría en que se trata de una sociedad ya civilizada y además compuesta por ciudadanos (cives), no por súbditos, lo cual exige que sean autónomos y que el Estado respete su autonomía. Un Estado limitado, capaz de respetar la independencia de los ciudadanos, es imprescindible para asegurar la "civilidad", y de ahí que Pérez Díaz afirme que ya en este concepto de sociedad civil se van marcando las fronteras entre el Estado y el resto de las realidades sociales, que compondrán la sociedad civil entendida en sentido restringido.

Este sentido -el restringido- es el habitual hoy y se refiere a las instituciones sociales que están fuera del control directo del

Estado, tales como mercados, asociaciones voluntarias y mundo de la opinión pública. Aunque no todos los expertos en el tema concuerden en incluir todas estas realidades sociales en la noción de sociedad civil, importa destacar que la mayoría la contrapone al Estado, de suerte que la dimensión civil de una sociedad se diferencia de la política, aunque obviamente estén estrechamente conectadas, como todas las realidades sociales.

En lo que respecta a los siglos XVII y XVIII, con el surgimiento y desarrollo del capitalismo, la sociedad civil que se configura es la "sociedad civil burguesa", cuyo núcleo es el individuo, con sus derechos, libertades e intereses, que deben defenderse sin interferencias a través de la competencia y de la cooperación, en una esfera cuya subsistencia y autonomía deben venir garantizadas por una institución pública llamada "Estado", que ha de guardarse de intervenir en la vida interna de esa esfera. Características de una sociedad civil semejante serían, en principio, el individualismo, la defensa de la privacidad, el mercado, la existencia de clases sociales, el pluralismo, la poliarquía y sobre todo la espontaneidad.

Éste es el tipo de sociedad en la que Hegel considera que "cada uno es fin para sí mismo y todos los demás no son nada para él", de suerte que los ciudadanos aceptan algunos organismos universales, pero por defender sus intereses egoístas. Los universales, por contra, sólo podría defenderlos un auténtico Estado, que sería el lugar de lo universal.

Ciertamente, si la idea que tenemos de la sociedad civil es la de la hegeliana "sociedad civil burguesa", poco protagonismo podemos concederle en la realización de lo universal. Sin embargo, dos siglos más tarde no cabe ya caracterizar a la sociedad civil de igual modo porque ha evolucionado considerablemente. Por eso sería bueno referirse a la sociedad civil de los siglos XVII, XVIII y XIX con la expresión "sociedad civil burguesa" y a la actual, con la expresión "sociedad civil" a secas o "sociedad cívica".

Y, en este sentido, podríamos caracterizar la sociedad civil hodierna con Michael Walzer⁶ como un "*espacio de asociación*

⁶ Cf. *Civil Society and American Democracy*, Rotbuch Verlag, 1992.

humana sin coerción y el conjunto de la trama de relaciones que llena este espacio".

Y podríamos recordar con él que cualquier ser humano, "antes" que miembro de una comunidad política, "antes" que productor de riqueza material, "antes" que participante en un mercado, "antes" que componente de una nación, es miembro de una sociedad civil, en la que se ha socializado convirtiéndose en persona. Las ideologías que reducen a la persona a ser parte de la comunidad política (cierto republicanismo), del proceso productivo (marxismo), del mercado (capitalismo), de la nación (nacionalismo), han olvidado la dimensión originaria de esa persona, por la que forma parte de esa sociedad civil, que es "el reino de la fragmentación y la lucha, pero también de solidaridades concretas y auténticas".

De aquí se derivaría la necesidad de conservar bien asentada esta base social para que las ideologías puedan cumplir su función dinamizadora. De la misma manera la sociedad civil debe contar con una potente opinión pública. Si no fuera así, la ideología sofocaría elementos muy importantes de la vida social.

¿Ocaso de las ideologías o alba de las ideas?

Los más recientes análisis sobre el funcionamiento de los sistemas políticos en el marco de la sociedad global apuntan a una polarización de dos enfoques derivados de la dialéctica liberalismo—socialdemocracia. Se podría decir que la realidad no ofrece la posibilidad de un estudio matizado, casi todo se polariza excesivamente.

Fruto o consecuencia de esta polarización son las guerras inducidas, el terrorismo de base estructural y no tan estructural, la violencia generalizada, *hobbesiana* y extraña a nuestro moderno pensar cartesiano, ¿quién puede frenar su ascenso? Por encima de la realidad descarnada y mediática que se nos muestra existe otro plano, sustentado por un sólido armazón teórico, de naturaleza económica. Nunca el neoliberalismo estuvo tan vivo y pujante. ¿Estamos pues ante el fin de las ideologías?⁷

⁷ La amplia literatura sobre este tema (D. Bell, *El fin de las ideologías*, 1960; G. Fernández de la Mora, *El crepúsculo de las ideologías* (1965); F. FUKUYAMA, *El*

La doctrina liberal interpreta esta realidad, por un lado, como la muestra más evidente de que en el marco de la sociedad global no existe un espacio para los derechos individuales y colectivos sino más bien un contexto propicio para entender el marco legal de las personas en términos de opciones, contrapartidas y riesgos. Para decirlo de una manera directa: no hay derechos, tan solo hay deseos legítimamente fundados (Fukuyama).

El liberalismo de la mano invisible y los ajustes automáticos de los mercados que conducirían a una sociedad abierta y rica (Hayek, Popper) deja paso, en la sociedad del conocimiento, a un análisis computerizado de los comportamientos económicos, ocultando dos aspectos fundamentales que desvirtúan el resultado de la reflexión. En primer lugar, la incompatibilidad existente entre la necesaria transparencia de los mercados para su funcionamiento y la figura de la sociedad anónima. En segundo término, la contradicción que se deriva de la aceptación de la prohibición de las concentraciones abusivas de capital y la existencia —muy real y nada ficticia— de unos “amos del mundo” (Ziegler) que pueden hacer zozobrar a su antojo los subsistemas económico-financieros.

Por su parte, la socialdemocracia, sujeta a continuos cambios, viene cruzándose en los últimos años con el neoliberalismo moderado, como consecuencia de dos hechos de clara significación: la demostrada ineficacia de la intervención del Estado sobre la economía dentro de las finanzas globalizadas y la presión inevitable del capital anónimo que busca horizontes fiscales serenos. El papel del Estado interventor ha venido siendo sustituido por un papel mucho más modesto, el de simple moderador.

Las recetas fiscales de la socialdemocracia clásica —es decir, la que precede al momento actual de mestizaje socioliberal— son bien conocidas y pueden resumirse en esta cadena argumental: gasto público, impuestos progresivos, déficit presupuestario. En un mundo globalizado, es imposible creer que los operadores económicos puedan mantenerse mucho tiempo en mercados que cuenten con este escenario, pues el capital rehuye la presión fiscal, particularmente cuando ésta viene acompañada de políticas de incremento del déficit. El capital global busca el salario miserable, la administración flexible,

fin de la historia (1989, entre otros) no hacen sino poner en evidencia la importancia de las ideologías y su protagonismo en todas las etapas de la historia.

la exención de tasas y aranceles, etc. Todo esto está haciendo cambiar la faz de las ideologías de una manera preocupante.

Las ideologías han sido instrumentos teórico-prácticos que han venido contribuyendo al progreso de la sociedad a lo largo de la historia. Han sido y son necesarias para separar en la arena política el grano de la paja, distinguir al gestor honesto del mercachifle barato, al agitador demagogo del pensador en acción. La ideología es, ante todo eso: pensamiento en acción. Un diálogo razonado entre los valores y las realidades que precisan de un ejercicio de contraste continuo, una permanente puesta a prueba de la capacidad de conducir a la sociedad por caminos nuevos.

Sin embargo, como veíamos al comienzo del artículo, algunos identifican ideología con sectarismo, volviendo con desprecio la mirada a los momentos de la historia en que los extremismos se apropiaron del vocablo. Nada menos radical que la ideología, "ciencia de las ideas", unas ideas que han sido el motor del mundo desde Atenas a nuestros días.

El espacio público, la sociedad civil, es el hábitat natural de las ideologías. La progresiva desaparición de la línea que separa el ámbito de lo público del de lo privado se encuentra en el origen del decaimiento de éstas. Para reactivarlas es preciso, pues, revitalizar la dimensión de lo público, algo que no implica necesariamente una vuelta al Estado interventor pero que tampoco es compatible con modelos de Estado mínimo. La *res publica* es todo aquello que concierne al hombre en su condición de ciudadano, de administrado, de contribuyente, pero sobre todo, de persona.

De este modo, debe reclamar la ideología una mayor proximidad al sujeto del que es trasunto: la persona. He aquí el difícil ejercicio que se plantea. Es nuestra tarea velar porque el servidor público lleve a efecto planes que, siendo acordes con el interés general, tengan en cuenta lo único, lo particular, lo diverso. Frente a la economía del capitalismo global ha de construirse un nuevo espacio público que se fundamente en la persona, en sus actitudes y en sus valores, en la sociedad civil y comenzar a destejer el manto crepuscular que pesa sobre las ideologías como tarea prioritaria de la sociedad de hoy. Este sería propiamente el alba de las ideas, de las nuevas ideologías, respetuosas con la persona y con la sociedad civil.